

# LEYENDAS DE AMOR EN LA FRONTERA. LOS AMORES DE DON DIEGO LÓPEZ DE HARO Y LA MORA CAVA

---

ANTONIO GARCÍA LIZANA  
ASCENSIÓN VEGAS NAVAS  
Universidad de Málaga

Debió ser en el otoño de 1960 cuando, con ocasión de unas obras en el Campás de Consolación, en Alcalá la Real, se descubrieron los restos de un antiguo pilar junto al esqueleto de una persona joven. El hecho, posiblemente bastante trivial, despertó, no obstante, la fantasía de la población infantil y juvenil, que vio en aquel descubrimiento el testimonio material que evocaba la historia de La Cava. Francisco Rodríguez (1961), meses más tarde, recordaba el hallazgo en una revista local, comentando que «los descubrimientos de restos antiguos sólo cobran significado a la luz de un relato poético», y traía a colación el poema de Guardia Castellano (1913) que sirvió de pretexto, o más bien de contexto, a tal autor para desgarnar sus *Notas para la Historia de Alcalá la Real*<sup>1</sup>.

Los amores desgraciados de La Cava y el capitán cristiano (personificado por el poeta en Don Diego López de Haro, el que fue más tarde primer alcaide de la fortaleza de la Mota, una vez conquistada), culminan, precisamente, con la muerte de la andalusí en brazos del vizcaíno, junto a la fuente, que desde entonces –a tenor de la leyenda– conserva en su recuerdo el nombre «de la Mora».

---

<sup>1</sup> El propio escritor lo señala así, de algún modo, cuando explica en el «A guisa de Exordio» con que abre sus *Notas* que éstas salen de este modo a la luz, «sirviendo de ilustraciones a la *Leyenda* que les precede» (Guardia Castellano [1913] 1996, 117).

Es ella misma la que antes de expirar pide ser enterrada junto a la fuente, justificando su deseo de forma conmovedora.

«Ya que junto a esta fuente  
muero en tus brazos dichosa,  
junto a la clara corriente  
quiero que caves mi fosa.»

Por eso, desde entonces,

«En la cristalina fuente  
que ha de heredar a la mora,  
se escucha el eco doliente  
del agua oculta que llora.»

Obviamente, la tentación de iluminar los restos hallados con la Leyenda de La Cava resulta muy atractiva. Pero no es esa la cuestión. Lo extraordinario es la supervivencia en la memoria colectiva de unos hechos que tuvieron lugar seiscientos años atrás, mixtificados o no, como parte de la propia identidad ciudadana. De algún modo se está rememorando el momento mítico fundacional de la ciudad renovada. ¿Qué sentido tiene, si no, que se estén celebrando aquí y ahora unas jornadas de estudios fronterizos? ¿O que los alcalaínos continúen considerándose hombres de frontera? ¿O que Morón, Jerez y otras ciudades continúen conservando un apellido a todas luces anacrónico y *a-tópico*? La larga historia del hecho fronterizo, en lo que tiene de enfrentamiento y convivencia entre «moros y cristianos», ha marcado indeleblemente nuestras almas, transmitiéndose generación tras generación.

Guardia Castellano, al recoger la leyenda, está utilizando un curioso recurso literario para cumplir el compromiso de publicar sus «investigaciones históricas, á la par que hallo un motivo para extenderme en un campo más apropiado á mis aficiones, dejando volar la fantasía por las regiones del arte» (Guardia Castellano, 117).

El comentario del autor delimita claramente la cuestión. No es la historia el eje de sus aportaciones a la Historia local; sino una leyenda («una antigua conseja de la tradición alcalaína», dice textualmente en la página 141), adornada por su fantasía, y su intuición investigadora, para poner a disposición del lector sus descubrimientos históricos desde la más remota antigüedad hasta los comienzos del siglo xx. Lo significativo es, a tenor de lo señalado más arriba, buscar precisamente el hilo del «guión» de toda la Historia local en una historia de amor en el momento de la «reconquista». Pero, además, hablamos de una «historia» donde el amor y la violencia se entrecruzan, y donde, a diferencia de lo ocurrido entre Cortes y La

Malinche, el maridaje fracasa. Si los chicanos, allá en California, pueden reivindicar su mestizaje partiendo de esos amores (con toda su carga de contradicción y tormento), aquí no es el caso. A menos que se postule una herencia espiritual. La Mora es bautizada, siendo las aguas de aquella fuente las que han apagado la sed de los alcaláinos a lo largo de los siglos posteriores.

De todos modos, también es cierto que no todas las versiones de la leyenda presentan análogo final. Así, otro poeta y erudito natural de Alcalá, Gabriel Enciso Núñez ofrece una distinta, en la que los amores terminan en boda; e incluye la opción clara de la musulmana por la nueva causa, indicándole al rey castellano la ruta del castillo, convirtiéndose al cristianismo, casándose con el soldado del norte, y cambiando su nombre (Zulema en esta versión) por el de Mercedes. Pero eso sí, recibiendo el bautismo, desde luego, «con las aguas de esta fuente» (Murcia y Martín 1993, 230).

Como en toda leyenda, que apunta a las raíces míticas de un pueblo, pueden identificarse varios elementos que conviene considerar, y que de algún modo están en la génesis y elaboración *transecular* de la misma.

- a) Tradición literaria popular universal.
- b) Componente histórico inmediato.
- c) Intencionalidad simbólica.

No se pretende aludir con este planteamiento a la existencia de un proceso racional de elaboración, en el que se entremezclan en las proporciones adecuadas tales ingredientes. Y desde luego no se está afirmando la existencia de unos mecanismos de causalidad tales, que dada la presencia de tales componentes, precipiten necesariamente la existencia de una leyenda cargada de intención simbólica. Simplemente se plantea la existencia de esos tres elementos, los cuales de algún modo confluyen en la presencia de una cierta «conseja popular», recreada una y otra vez por determinados autores más o menos conocidos, y reinterpretada una y mil veces por el pueblo en general, dotándola –unas ocasiones de forma consciente, otras no– de significados precisos, capaces de evocar determinados valores, hechos, ideas u opciones que se suponen que son o que deben ser compartidos por el colectivo correspondiente.

En tal fenómeno, de carácter dinámico, el sustrato literario y la intencionalidad simbólica configuran, por decirlo de algún modo, el suceso histórico, presentándolo de manera que enfatice tales valores, hechos, ideas u opciones. Pero también la herencia literaria y la intencionalidad simbólica se encuentra mediatizados y son reinterpretados a la luz del acontecimiento histórico. Con el paso del tiempo, el proceso de reinterpretación continua, adaptándose a las circunstancias cambian-

tes, o incorporando elementos espurios, pero que ayudan a completar el significado primigenio adaptado, en ocasiones como consecuencia de deformaciones introducidas por dudosas interpretaciones seudo-etimológicas de ciertos elementos verbales presentes en la toponimia o en la tradición oral.

Veamos por separado cada uno de los tres elementos.

#### LA TRADICIÓN LITERARIA

Desde la antigüedad clásica, las historias de amores trágicos entre jóvenes, enfrentándose a la oposición de sus padres, se han sucedido en la literatura<sup>2</sup>. Pero, será durante el siglo XIX cuando, impulsadas por el espíritu romántico y su gusto por lo local y medieval, reciban un nuevo impulso, destacando, sobre todo, aquellas en las que la religión supone el mayor obstáculo para la realización de tal amor. La recreación, por esta vía, de la antigua «conseja popular» alcanza así una dimensión diferente, incorporándose al universo literario, encontrando un modo de fijación y un medio para ensanchar el horizonte de su difusión; con el riesgo, eso sí, de perder en el proceso elementos originales, tal vez muy valiosos desde el punto de vista tanto histórico como simbólico.

De este modo, paralelamente a la historia de *La mora Cava*, hallamos numerosas leyendas análogas, entre las que podemos destacar la de *La Peña de los Enamorado*<sup>3</sup>, muy popular en la localidad de Antequera (Málaga). Entre ambas se establecen una serie de paralelismos y diferencias que, además de corroborar ese auge romántico anteriormente expuesto, nos sitúan en entornos similares, por lo que vamos a centrarnos en ellas, con el fin de enriquecer nuestra aproximación al tema que nos ocupa. No en balde, nos encontramos ante dos historias semejantes, originadas en contextos históricos bastante próximos, y marcadas por análogo fenómeno fronterizo.

---

<sup>2</sup> No olvidemos, en las *Metamorfosis* de Ovidio (lib. IV), la historia de Píramo y Tisbe: debido a la oposición de su amor, por parte de sus padres, los jóvenes, que se comunican a través de una grieta de la pared que separa sus casas, deciden huir, y quedan al pie de una morera con frutos blancos. Pero la joven Tisbe, que espera sola a su amado, al encontrarse con una leona que, habiendo matado unos bueyes, tiene el hocico manchado de sangre, decide esconderse, perdiendo, en la huida, el velo que cubría sus hombros. Al llegar Píramo, y no encontrar a su amada, sólo ve el velo ensangrentado con el que la leona había jugado; creyendo que es sangre de Tisbe se lamenta de su pérdida, y con un puñal pone fin a su vida. Pero, al regresar ella, y encontrarlo agonizante, decide quitarse la vida. Los restos de ambos, por deseo de sus padres, descansan, aunque tarde, en la misma pira; y, los frutos blancos de aquel árbol, en recuerdo de aquella sangre derramada, cuando maduran, son oscuros.

<sup>3</sup> Son múltiples las versiones de esta leyenda, en este caso seguimos la de Manuel Fernández y González.

Precisamente, la presencia de tal circunstancia es un dato de la mayor importancia en el desarrollo de ambas leyendas: ambas son relatos de amor ocurridos en las fronteras, en las atalayas medievales, durante la Reconquista y la lucha entre moros y cristianos. *La historia de la mora Cava* acontece en torno a 1341, durante el reinado de Alfonso XI; la de *La Peña de los Enamorados* es un poco posterior, se desarrolla alrededor de 1400, en el reinado de Enrique III *el Doliente*.

En cuanto a los personajes, la similitud se mantiene: un cristiano y una musulmana, ocupando la parte central del escenario, además del padre de ésta; aun cuando intervengan otros personajes. En la historia alcalaína, Don Diego López de Haro, noble en sus actos y sentimientos, es el galán; la heroína de esta aventura, La Cava; el padre de ella, Zaire. En *La Peña de los Enamorados* conocemos los nombres de Juan Diéguez de León, protagonista de la historia; Aixarah, la amada, y Abul Zeyan ben Omar, padre de ésta. Por otro lado, resulta curioso traer a colación el nombre del padre de Juan, Don Diego Lope de León, por su similitud con el héroe de La Cava.

El amor, tema principal de ambas leyendas, ronda desde el principio a los amantes. Tanto Don Diego y La Cava como Juan Diéguez de León y Aixarah, se ven envueltos en esa atmósfera de amor apasionado que les conducirá a la muerte. Cava, en busca de agua para su madre enferma, rompe el cerco que asedia la fortaleza de Alcalá de Aben-Zayde, y en esta osadía, en la que es descubierta por los soldados castellanos, encuentra el amor en brazos de un caballero perteneciente a distinta raza y religión. Cupido, la luna y la fuente son testigos de estos amores clandestinos que se ven favorecidos por la enfermedad de la madre de la joven que le permite huir en busca de más agua. A pesar del entorno bélico, todo el paisaje rezuma armonía y serenidad; la misma armonía y serenidad que envuelve a la otra pareja de protagonistas, a pesar del cautiverio a que se ve sometido el joven cristiano. Juan Diéguez de León cae prisionero de las huestes de Abul Zeyan, que llega a sentir una gran admiración por él, tratándole en su palacio con distinción y benevolencia. Un día conoce a Aixarah, y el amor atraviesa los corazones de los jóvenes. Todo parece de ensueño: cortinas de seda en los ajimeces, arabescas y doradas inscripciones, riquísimos brocados, tapices de Damasco..., el ambiente oriental lo envuelve todo, y parece propiciar un amor que se encubre, de nuevo, con el agua clara de la fuente, ayudada por el gorjeo dulce y leve de los pájaros encerrados en jaulas de oro.

Tan atractivos y encantadores ambientes coinciden con la hermosura y juventud de los amantes. Acerca del capitán castellano se nos dan datos de su valor y bondad, cualidades más estimadas, en esa época, en un hombre. Ante Cava se muestra seguro y tranquilo, y trata de sosegar a la joven doncella; así, su máximo de

gallardía se muestra cuando perdona a la joven y le concede el privilegio de llevar agua a su madre, porque *un buen castellano no puede dejar morir a otra persona*. Estas mismas cualidades, de valor y serenidad, son las que llaman la atención a Abul Zeyán de la persona de Juan Diéguez que es de *prodigiosa hermosura, varonil aspecto y altivez severa y tranquila*, tanta, que yendo prisionero *parecía que iba no a un gran peligro sino a donde nada hubiese tenido que temer*. Frente a estos valores, los rasgos más característicos de las doncellas son su hermosura. Ambas ostentan unos grandes ojos de azabache. De Aixarah se nos dice que es sublime; tanto que parece un ángel: reúne juventud, candor, pureza y hermosura. *Sus largas trenzas negras ornadas de perlas [...] caían sobre su breve, pero por su voluptuosidad, irresistible seno. Un seno de virgen entre dos hombros dulcísimamente curvos, bajo una garganta mármorea, esbelta, fascinadora, en que parecían menos hermosos que ella los lucientes rubíes de un largo collar que parecían gotas de sangre viva sobre nieve*. Ante tales encantos, el joven cristiano cae enamorado de la muchacha que resulta ser su prima, pues años atrás, la madre de Aixarah, María, hermana del padre de Juan Diéguez y esposa del adelantado Pedro Díez Sarmiento, cayó prisionera en un combate en el que murieron todos los cristianos excepto ella.

Pero esta juventud y belleza de los jóvenes se ve truncada por el destino aciago que les espera. En el caso de La Cava y su apuesto capitán, la religión no supone ningún impedimento para sus amores; como tampoco lo es para Aixarah y Juan Diéguez. En ambos casos son las doncellas las que acceden a abandonar la religión de la media luna, abrazando la verdadera y única religión cristiana. El padre de Cava, advertido por una vieja de los amores de su hija, no puede soportarlo, y para limpiar su honor va en busca de la joven que se halla con su amante. El amor de los jóvenes, unidos por los dardos de Cupido, se ve truncado por otro dardo, también certero, que Zaire arroja y alcanza a su hija y que le lleva a los brazos del capitán, quien la bautiza con el agua de la fuente antes de morir, enterrándola junto a ella. Por su parte, Abul Zeyan no se opone al amor entre Juan Diéguez y Aixarah. Es más, alentado por el horóscopo que a ésta le vaticinaron al nacer, propicia la relación de los amantes; pero pone como condición que él cambie su religión, a lo que, Juan Diéguez, entre mentiras, accede. Aixarah, enamorada, ya era cristiana, y, ambos, previniendo la reacción del jeque, habían planeado su huida. Sin embargo, ésta es ardua y difícil, pues a las huestes del padre de Aixarah, que los persiguen sin descanso, se unen el cansancio de la joven que, en brazos de Juan Diéguez, sube la escarpada peña, atalaya en tiempos de guerra, y única solución para finalizar la huida, pues los jóvenes, en su desesperación, se arrojan al vacío a pesar del arrepentimiento del incansable perseguidor, que, estupefacto contempla como los jóvenes, a pesar de la violenta caída, permanecen abrazados, y, abrazados son enterrados al pie del peñón, hoy llamado la Peña de los Enamorados.

Quizás una rectificación más temprana de los padres hubiera impedido tales tragedias, pero tal vez no nos hubieran llegado estas historias de amores fronterizos en las que también los progenitores pagan su delito. Zaire no puede soportar su sufrimiento y culpa, y, cuando las tropas castellanas toman la ciudad, en los arrabales pende su cuerpo de un viejo chaparro, en un lugar que con posterioridad mantendrá el nombre de Callejón del Moro. Las distintas versiones de *La Peña de los Enamorados* nos presentan, unas veces, la obstinación de Abul Zeyán que no perdona a los amantes ni tras su muerte; otras, en las que se arrepiente e intenta impedir la caída, aunque sin conseguirlo; y otras, finalmente, más trágicas, en las que el moro, roto de dolor y pesadumbre, se lanza, tras los jóvenes, en busca de la muerte. En esta última versión, el paralelismo con la leyenda alcalaína, según la transcripción de Guardia Castellano, es aún mayor.

En realidad, la muerte es un rasgo primordial del espíritu romántico que rodea las leyendas; y tal espíritu continúa presente en nuestro poeta-historiador a pesar de publicar en los comienzos del siglo xx. Del mismo modo, ambas leyendas parecen encajar perfectamente en la tradición romántica, evocando una época remota y una cultura ideal, mágica y ancestral, con el propósito de transportarnos a otros mundos de ilusiones y fantasías, en los que las quimeras pueden hacerse realidad. Pero ello podría ser, simplemente, así, si nos detuviéramos en la clave literaria, y no manejásemos los otros dos elementos fundamentales para dotar a la «conseja» de todo su pleno contenido.

#### EL COMPONENTE HISTÓRICO

La tradición literaria, tanto popular como culta, de amores juveniles apasionados y trágicos, de la que las dos leyendas presentadas constituyen claros exponentes, podría justificar, sin más, la existencia de las mismas, recreadas en un contexto propicio para el amor y la muerte. En una situación límite, que permite cargar aún más las tintas en la pasión atormentada, para hacerla ganar en fuerza y atractivo.

Pero la ambientación histórica no es, en nuestro caso, un mero pretexto literario. Se corresponde con una tradición secular que ha hecho de la relación bifronte de convivencia/enfrentamiento de moros y cristianos un elemento permanente de referencia. La frontera es una ocasión muy clara, donde tal contacto bipolar se agudiza. No se trata de un problema doméstico entre Montescos y Capuletos. Sino de un pleito secular entre dos modos de entender la vida, que tratan de imponerse recíprocamente mediante el uso de la fuerza, sin poder evitar la fascinación mutua.

Pero más allá de la referencia histórica general, importa también la referencia histórica inmediata, que ofrece el caldo de cultivo para dotar de credibilidad a la leyenda.

El episodio de La Cava y Don Diego López de Haro encuentra la ocasión en el cerco a que someten las tropas de Alfonso XI a la ciudad de los Banu Said. Uno de los momentos culminantes de dicho cerco es aquél en que merced a la delación de un cautivo andalusí, los cristianos conocen de la existencia de un pozo del que se surten en la fortaleza, por lo que deciden tomarlo. La propia *Crónica* del rey Alfonso XI se hace eco del hecho, así como de las vicisitudes y escaramuzas a que dio lugar la ocupación y defensa del pozo. El tema ha sido objeto, también, de diversas interpretaciones legendarias (ver Murcia y Martín, págs. 231 y ss.); y el citado Gabriel Enciso Núñez lo mezcla con la historia de La Cava (en su caso, Zulema), a la cual convierte en protagonista de la delación, siendo el corredor subterráneo que conduce hasta el pozo el escenario de algunas de las escenas más dramáticas de su texto. En cualquier caso, es el control del agua por parte de las tropas de Castilla y León lo que justifica el riesgo de la Mora en busca de la fuente, en el exterior de las murallas.

¿Pero existió la Mora en sí? Guardia Castellano (pág. 141) alude a la «antigua conseja de la tradición alcalaína» que atribuye el origen de la calle denominada «La Cava» a «perpetuar el recuerdo de una hermosísima mora enamorada de un Capitán castellano de los que sostenían el cerco». Y añade: «llamada como aquella otra hermosísima mujer que siglos atrás originara la pérdida de las Españas». E insiste en considerar tal conseja como fábula, a la que no concede «más importancia que la puramente literaria». Se refiere al nombre en sí, ya que, a su juicio, éste debe responder más bien al hecho de que en el sitio ocupado por la calle se llevó a efecto «*la cava* que se mandara hacer para buscar el pozo de agua...» tal como más arriba se ha hecho referencia. La propia *Crónica de Alfonso XI* alude a dicha *cava*. En todo caso, curiosamente, el nombre atribuido a la enamorada es el mismo que el de la hija del conde D. Julián. ¿Se superpusieron en la mentalidad popular ambas leyendas, como consecuencia de un topónimo cuyo origen se ha perdido con el paso del tiempo?<sup>4</sup> Aun cuando las tramas respectivas arrojan no pocas diferencias: la primera en el tiempo fue deshonrada por el monarca cristiano y vengada por su padre, propiciando la invasión musulmana. La segunda fue honrada por el lugarteniente del rey cristiano y asesinada por su padre, como paso previo a la expulsión de los

---

<sup>4</sup> La capacidad de reinterpretación popular de ciertas denominaciones, frases o locuciones puede llegar a ser muy amplia. Sirva de ejemplo una extraña historia que por los años cincuenta, al menos, contaban las ancianas alcalaínas al calor de la lumbre, a propósito de la expresión latina *Per onniam secula seculorum*. Por sorprendente que pueda parecer, explicaban que la suegra de San Pedro se llamaba Peronnia, que fue condenada al infierno; pero que a intercesión de su yerno, Dios le concedió la gracia de que cada vez que en una Misa se proclamara su nombre, ella descansaría de las penas eternas. Poco más o menos, ese era el motivo de usar esa expresión dentro de la liturgia eucarística.



musulmanes. ¿Una especie de «venganza emocional» para el autor o autores anónimos de la leyenda alcalaína?

Acerca del capitán cristiano no dice nada la «conseja» popular. Enciso habla de un tal Germán, un personaje indefinido de la milicia. Pero Guardia Castellano lo hace coincidir, nada menos, que con el primer Alcaide de la fortaleza conquistada, Don Diego López de Haro, «noble vizcaíno de grandes prestigios militares, descendiente del elevado solar de los Señores de Vizcaya, que había acompañado al Rey en muchos hechos de armas y últimamente en la gloriosa batalla del Salado...» (Guardia Castellano, 139). No consta si, en ausencia del rey, tal personaje fuera «el Capitán del asedio»; pero dada su alcurnia y el hecho de haber sido nombrado Alcaide en premio a sus servicios, «cabe suponer que, al igual de lo que por entonces era práctica en tales casos, el Rey concediese este honor al que durante el cerco hubiera sido su Capitán». De ahí a convertirlo en protagonista de la *Leyenda*, dejando volar —como él dice— la fantasía, sólo hay un paso. Pero el pueblo ha aceptado por buena la versión de Don Antonio, la cual, aunque puede que no exactamente verdadera, está bien trovada. En cualquier caso, lo evidente es que Don Diego López de Haro, homónimo y pariente del fundador de Bilbao, nieto de Don Lope Díaz de Haro «Cabeza Brava», que fue duodécimo Señor de Vizcaya y Alférez Mayor de Castilla, ocupó el más alto puesto de la Alcalá cristianizada, la cual, como La Cava, se rindió en sus brazos, mientras los musulmanes desaparecían de la ciudad, aun cuando no todos de la misma forma que Zaire. Otro Señor de Vizcaya, Don Juan Martínez, estará entre los firmantes del Privilegio de Alcalá, de 24 de agosto de 1341, según consta en la documentación conservada en el A.M.A.R. (ver Juan Lovera).

#### EL CONTENIDO SIMBÓLICO

De los tres elementos señalados, tal vez sea éste el que podría recibir más críticas, al cuestionarse su existencia en relación con la leyenda. La leyenda de amor, en cuanto tal, podría sólo ser un medio para la satisfacción y el entretenimiento del público interesado. Una mera creación literaria, pura lírica, sin moraleja ni mensaje. Sin embargo, hay numerosos elementos que hacen pensar en que el contenido presentado es algo más que una mera descripción poética de unos acontecimientos reales o fingidos.

En primer lugar, resulta curioso comprobar que una gran proporción de historias y leyendas alcalaínas están vinculadas con la larga historia de la frontera, después de la última reconquista (se conquistó y reconquistó varias veces la ciudad, por unos y por otros); y buena parte de éstas se corresponden con el momento

preciso de la misma. No de las anteriores. Parece como si los repobladores, o sus descendientes, hubieran quedado marcados indeleblemente por tales circunstancias. De hecho, la leyenda no es neutral. Presenta estereotipos muy marcados. Hay mensajes que parecen muy precisos. Alude a situaciones fundamentales para entender la historia de Alcalá. Como de muchos otros lugares de Andalucía.

Sin embargo, son muchas las interpretaciones que pueden hacerse de una misma realidad. La particular percepción de cada sujeto, el entorno cultural, las experiencias vividas, la educación, la adscripción a un determinado grupo o clase, la posición en que se encuentra en cuanto observador con relación al fragmento de realidad expresada, etc., constituyen otros tantos elementos que condicionan la representación que se hace del mundo real. Generalizando lo que Warren J. Samuels señala a propósito de la relación existente entre la teoría y la realidad, a cualquier representación de ésta, puede decirse que la misma está «mediatizada por la cultura, el paradigma y la experiencia, que gobiernan la percepción y que son, ellos mismos, productos no generados independientemente» (Samuels 1990, pág. 6). En definitiva, nos encontramos con interpretaciones de la realidad. Y una leyenda lo es de manera más obvia que un texto histórico, el cual tampoco puede evitar las circunstancias aquí señaladas. Pues bien, tales interpretaciones, en la medida en que están mediatizadas de la manera indicada, condicionan la manera de leer los hechos por parte de cada sujeto. Pero su trascendencia no descansa sólo en la representación que nos hacemos del mundo exterior, sino que, partiendo de tal representación, organizamos nuestra posición en el mundo y orientamos nuestra capacidad para remodelarlo. O impedir que se remodele. Aunque se trate sólo del mundo local.

Precisamente, en ésta capacidad de representación, inserción y movilización cabría ubicar el contenido simbólico, el cual completa el significado cabal de un texto, más allá de la mera representación. Pero como el ya citado Samuels (pág. 9) ha planteado también, «el significado de un texto es un producto conjunto del autor y del lector» (o del autor, el narrador y el oyente, podríamos generalizar por nuestra parte, para referirnos a la parcela literaria que nos ocupa). Obviamente, el texto por sí mismo tiene el significado que el autor quiso darle; pero el lector accede a la lectura con un aporte personal, que condiciona las conclusiones que extrae. Tal aporte personal, como más arriba se ha apuntado, no es independiente, a su vez, del contexto donde se realiza la lectura. Y tanto más, podríamos añadir, del contexto donde tiene lugar la narración y la escucha, en la medida en que se está implicando una interacción determinada entre los sujetos que intervienen.

En este sentido, podríamos advertir que el origen del elemento simbólico presente en la leyenda, puede estar tanto en el autor (conocido o anónimo) del

texto original, en el recreador del mismo, en todos y cada uno de los narradores que han ido transmitiendo la conseja, en cada sujeto receptor, que, probablemente, se convierte en emisor (en nuevo transmisor del mensaje) él mismo. En la medida en que el texto, la conseja, la leyenda, es asumida por una colectividad, el contenido simbólico impregna a la comunidad en cuanto tal; pero responde también a los referentes previos asumidos explícita o implícitamente por la misma. El autor o los autores, cada autor, cada narrador... pueden incorporar intencionalmente un determinado mensaje. O éste, simplemente, se genera casi imperceptiblemente, en relación con el proceso de transmisión del texto correspondiente. Texto que sufre alteraciones con el tiempo, respondiendo a circunstancias muy cambiantes.

Posiblemente, la conseja popular a que aludía Don Antonio Guardia sólo pretendiera rememorar un hecho histórico, cargándolo de poesía, con el fin de saciar el interés, la curiosidad o las horas muertas junto a la lumbre del auditorio. Pero de algún modo, pone de relieve una determinada percepción de la realidad, cargada de contradicciones, por otra parte. El moro malo, la mora generosa y bellísima, el caballero cristiano noble y valiente, el triunfo de la Cruz sobre la Media Luna... Existe perplejidad frente al «otro», entre la atracción y la repulsa, muy característico del ambiente fronterizo. Hay un «sí, pero...», un «no, pero...», que abre y cierra posibilidades al mismo tiempo.

No puede perderse de vista que, al fin y al cabo, se está contando la historia de la familia; se está hablando de las raíces, de «nuestras raíces», de las raíces de la nueva sociedad asentada, en un entorno conflictivo y problemático. En realidad, recuerda, como tantas veces se ha descrito, la historia más reciente de la móvil frontera norteamericana del siglo XIX.

Es obvio que cada persona, recordemos las citas realizadas de Samuels, puede tener su particular sensibilidad y receptividad para entender el mismo mensaje. O para adaptarlo. Al «quienes somos» y «de donde venimos» responden de forma distinta Guardia y Enciso. Para el segundo la cuestión queda clara: En las raíces de Alcalá se encuentran Germán y Zulema. Pero ésta ha optado; ha elegido el nuevo camino. Su bautismo se convierte en elemento esencial para determinar su inserción en la nueva sociedad, haciéndole merced al amor de Germán. Pero lo más interesante es que el sacerdote le impondrá (dadas las mercedes hechas por Zulema a Germán, al Rey y al Cristianismo) el anacrónico nombre de Mercedes. La advocación de Nuestra Señora de las Mercedes y su patronazgo sobre Alcalá será un hecho trescientos años más tarde. Pero llamarla Mercedes es fijar exactamente el valor simbólico del hecho narrado.

En la versión tradicional, que parece es la recogida por Guardia, la situación es más conflictiva. La Cava muere a manos de su propio padre. Se rompen, pues,

doblemente los vínculos con el pasado; con la vieja sociedad asentada en la montaña de los Banu Said. La nueva sociedad es cristiana. Los «otros» han muerto. Pudieron integrarse; pero ha sido imposible..., a causa de ellos mismos. Sin embargo, su presencia, casi fantasmal, permanece para siempre, pues el agua que ha servido de salvación (eterna) y mortaja para La Mora es la misma agua con la que sacian su sed los alcaíinos. Al menos, en el plano simbólico. Fuente idealizada hasta el extremo, que hacía suspirar de anhelo a los emigrantes de los sesenta desplazados (regresados) a las tierras del norte. Incluso estando en el lecho de muerte.

La Mora, pues, se convierte en parte de «nuestra» historia. Pero sólo aceptable, en cuanto tal, en la medida de su conversión.

Sin embargo, leída la leyenda de amor de La Cava en clave actual hay cuatro aspectos, tal vez secundarios en otros momentos, que llaman ahora particularmente la atención. Sin ánimo de profundizar sobre los mismos, para no rebasar el espacio disponible, sí parece oportuno apuntarlos.

En primer lugar, el significado de la frontera en el ámbito de las relaciones amorosas. La frontera, en cuanto tal, introduce un elemento de contradicción, que implica atracción y enfrentamiento; amor y muerte. Parece como si fuera incompatible con la felicidad de los protagonistas. A menos que se produzca (en la versión de Enciso) una profunda ruptura en la trayectoria vital de uno de ellos. Pero que, por la artificiosidad que hemos visto, suena indudablemente bastante falsa.

En segundo lugar, el amor en tiempo de guerra. No resulta, sin duda, una situación confortable, marcada por el dolor, la desconfianza y la muerte. Incluso en la propia versión de Enciso, a pesar del final feliz. Pero, sí, desde luego, aparece como un faro de esperanza, capaz de abrir la existencia a otras posibilidades. A pesar de la propia muerte, en la versión de Guardia Castellano.

En tercer lugar, la percepción de lo andalusí. De algún modo, como los chicanos, tendríamos que asumir nuestra herencia contradictoria. No cabe optar, en un mundo como el actual, por la a o por la b. Don Diego y La Cava, Germán y Zulema-Mercedes, están en nuestras raíces. De un modo u otro están ahí. Las propias cenizas de Cava han sido fructíferas, y son una referencia imposible de eludir.

Por último, el encuentro vascongado-andalusí. Visto desde las perspectivas de la España de las Autonomías resulta llamativo la superposición de la etiqueta «castellano» a todo aquel conglomerado del norte, puesto en marcha sobre las fronteras del sur. La misma pervivencia de la distinción castellano-gitano podría considerarse como un curioso testigo histórico de ello. Eliminado el elemento morisco, sólo quedan –bajo una perspectiva popular– dos grupos en Andalucía: castellanos y gitanos.

Sin embargo, son muy variopintos los componentes de aquellas mesnadas. Sobre todo, resulta particularmente significativa en el marco de la leyenda, y en la propia Historia local, la presencia del descendiente de los Señores de Vizcaya, como figura clave para entender los amores de La Cava, el hecho de la conquista, y la propia consolidación de la fortaleza conquistada. Posiblemente pueda resultar irónico, dados los tiempos que corren. Pero la leyenda de amor vivida en la frontera alcalaína apunta directamente al abrazo entre el norte y el sur, entre el vasco y la andaluza. Desde un punto de vista simbólico, por mucho que pudiera cuestionarse, no deja de ser interesante.

## BIBLIOGRAFÍA

- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, P. J. y GARCÍA LIZANA, A. (2001): «Las claves de la revolución keynesiana y su vigencia actual. Una aproximación desde el análisis lingüístico». *Estudios de Economía Aplicada*. (En prensa).
- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, M. (1998): *La Peña de los Enamorados*. (Edición, notas y prólogo de María Isabel Jiménez Morales). S. P. I, C. U. M., Málaga.
- GUARDIA CASTELLANO, A. (1913): *Leyenda y Notas para la Historia de Alcalá*. Estab. Tipográfico de la Vda. de A. Álvarez, Madrid.
- GUARDIA CASTELLANO, A. [1913] (1996): *Notas para la Historia de Alcalá*. Centro de Estudios Históricos «Carmen Juan Lovera», Alcalá la Real (Jaén).
- JUAN LOVERA, C. (1988): *Colección Diplomática Alcaláina*. Alcalá la Real (Jaén).
- MURCIA ROSALES, D. y MARTÍN ROSALES, F. (1993): *Alcalá la Real: Cancionero, relatos y leyendas*. Delegación de Cultura del Excmo. Ayuntamiento, Alcalá la Real (Jaén).
- OVIDIO (1997): *Metamorfosis*. Espasa, Madrid.
- RODRÍGUEZ, F. (1961): «La Fuente de la Mora. Realidad de una leyenda». *Alcalá la Real a su Patrona*. Real Cofradía de Nuestra Señora de las Mercedes, Alcalá la Real (Jaén).
- SAMUELS, W. J. (1990): *Economics As Discourse*. Kluwer Academic Publishers, Boston/Dordrecht/London.